

# La ética de la sociedad ante la ancianidad

JOSÉ LUIS L. ARANGUREN. Catedrático emérito de ética de las Universidades de Sta. Bárbara en EE.UU. y en Madrid.

*Ponencia presentada en las Jornadas Interdisciplinarias: LA ANCIANIDAD, NUEVA ETAPA CREADORA organizadas por el Ámbito de Investigación y Difusión María Corral. Barcelona, España, 1983.*

Estamos aquí para reflexionar sobre la ética de la sociedad ante la ancianidad. De lo que ésta ha representado a lo largo de los tiempos, porque pronto se dice la ancianidad y pronto se dicen las edades de la vida. Pero, como decía muy bien el Dr. García-Sabell, la edad, el tiempo de la vida del hombre, constituye más bien un continuo. No está establecido en ninguna parte que haya un período que termine tal día de tal mes, de tal año, para empezar un segundo período que terminará tal día, de tal mes, de tal año. Son unos cortes que nosotros, más bien con una cierta arbitrariedad, llevamos a cabo en ese continuo, en esa continuidad de la edad, y que no siempre se han hecho de la misma manera. No siempre se han dividido las edades de la misma manera. Por de pronto, es bien sabido que ha habido civilizaciones, ha habido culturas, en que los ancianos eran los gobernantes, eran las gentes más prestigiosas, eran los poseedores de todos los saberes y de todos los gobiernos. Pero en la Antigüedad, en la Antigüedad romana, la adolescencia, eso que hoy nos suena como a pubertad, duraba hasta los 28 años, y a esa edad empezaba lo que los romanos llamaban la "iuventus", que terminaba a los 50 años. Y de los 50 a los 60 años es cuando ocurría la "virilidad", es decir, la virilidad o la madurez, o sea, la edad más esplendorosa y espléndida del hombre. Pero como los extremos se tocan, a los 60 años ya empezaba la vejez. De modo que, al fin y al cabo, tampoco es tan chocante el hecho, al que se ha hecho referencia durante la intervención de los representantes de la prensa, de que hoy estemos gobernados, todos -porque en definitiva todos pertenecemos a un bloque o al otro bloque y los gobernantes de uno y otro son provecetos, son senectos- estemos gobernados por personas muy viejas. Yo no digo que sea una suerte, creo que no, confieso sinceramente que preferiría otros gobernantes, mejores que unos y que otros, que los de un lado y que los de otro, pero quizá no tanto porque sean viejos, sino porque no me gustan ni uno ni otro. Lo cierto es que esa prolongación y ese paso casi imperceptible de reconocerle a alguien como en plena "virilitas", en plena madurez, en plena posesión de todas las facultades más preciosas, inmediatamente se pase, al poco, a relegarle a la vejez.

## La juventud: invención cultural

De modo que ocurre que las edades cambian. Así, todo el mundo sabe que la juventud es una pura invención cultural. Los jóvenes no han existido como tales hasta bien entrado el siglo XX. Antes había unos pre-adultos, luego los alevines de adultos, que se disfrazaban. Yo, por ejemplo, si tengo tanta simpatía por los jóvenes, es porque nunca he sido completamente joven. Por muchas razones. Por razones biográficas, por razones de que he sido siempre demasiado bueno, formal, etc., lo cual es un síntoma más bien de vejez prematura, pero también por el hecho de que nadie era joven en mi época. Tampoco eran pre-adultos, se disfrazaban, se dejaban bigote, no barba (la barba tiene ahora una significación completamente diferente), pero se esforzaban para que les saliese pronto el bigote y para enmascararse como adultos, para vestirse de adultos. Hasta que ha llegado un momento en que se ha descubierto, ¡por fin!, que la juventud es la mejor edad de la vida. Y ahora nos ocurre al revés: Todos, por muy viejos que seamos, procuramos disfrazarnos de jóvenes (aunque hoy nos hemos contenido, porque teníamos que comparecer en un acto solemne ante ustedes), habitualmente, el que más y el que menos de los viejos, por muy viejos que seamos, más bien queremos posar, aparecer, como relativamente jóvenes. De modo que la juventud ha subido en su papel y la vejez ha bajado con relación a otras épocas, y, ahora, ésta se encuentra en un momento crucial y es una razón más de la oportunidad de estas Jornadas sobre la vejez.

Pero piensen ustedes que incluso la juventud, que he dicho antes que es una pura invención cultural del siglo XX, ha cambiado. Porque jóvenes, cuando se inventó la juventud, eran las gentes de 20 años. Hoy los verdaderamente jóvenes, a juicio de aquellos, son los "teenagers", es decir, los que tienen de 13 a 19 años, los que están en los "teen". Y para estos, los de 20 para arriba ya son viejos o poco menos. De modo que se ve hasta que punto hay un juego entre las edades y cómo hay, quizás, también, una juvenilización progresiva de la vida. Así, los viejos probablemente hoy nos sentimos menos viejos por contagio de la moda, de la juvenilización general y todos somos más jóvenes. Y es otro motivo de acción de gracias, el que, en una época como la nuestra y por la contribución de la higiene, de la sanidad, de la medicina, de tantos factores más, hoy se sea más joven, con la misma edad, de lo que se era en otras épocas. De modo que es relativo todo esto de las edades y del fraccionamiento de la existencia en distintos períodos de la edad.

## Terminología

He visto que muchos de ustedes han reparado en los nombres, en los nombres de la vejez. Por lo pronto, un gran acierto, creo yo, ha sido el de la recuperación de esta palabra, la más solemne de todas con las que se nos designa a los viejos, la palabra ancianidad. Era una palabra que más bien se dejaba para un lenguaje académico, importante, pero se hacía cada vez menos usual. La palabra ancianidad apenas se emplea hoy y cuando se emplea en los

periódicos se usa más el adjetivo que el sustantivo es para decir algo que nunca nos gusta: Un anciano. Antes se decía, ahora ya no, "un anciano de 60 años tuvo un accidente"; pero para el de 70 años sí se sigue diciendo: "un anciano de 70 años fue atropellado por un coche". Hoy los de 70 años no admitimos que se nos llame ancianos, como no sea bajo esta rúbrica de "la ancianidad, nueva etapa creadora", pero, no nos gusta que nos lo llamen en la prensa. Pero creo yo que es bueno, sí, en efecto, que recuperemos esta palabra: ancianidad. Quizá un poco solemne, pero que suena bien, y también la palabra vejez, por supuesto, que es la más usual. Próximamente tengo que participar en otras Jornadas sobre la ancianidad, pero allí a los ancianos se les va a llamar los mayores. Los mayores es un eufemismo afectivo: "es muy mayor", "es ya mayor". No se dice: es viejo, es anciano; se dice: es mayor. Encuentro que es una especie de eufemismo afectuoso que no está mal y aquí han sonado estas dos palabras: senescente, que va envejeciendo, participio de presente y, senecto, el que ya está completamente viejo, el que ya está en la senectud. Pero tampoco la senectud tendría que conllevar necesariamente la decrepitud. Yo espero que de quienes estamos aquí y de los cuatro senectos o viejos que hemos participado en estas Jornadas como ponentes, nadie diga que somos senectos. Yo creo que no lo somos.

Ahora les confesaré a ustedes, que anoche estuve tentado de temer que había caído en la senectud, con todas sus decrepitudes correspondientes, pero esta mañana me levanté ya sumamente optimista. Hay otras palabras, como longevidad, que también son prestigiosas. Estas terminaciones en "dad", "ancianidad", "longevidad", en castellano siempre son más importantes y sonoras, pero longevidad indica posesión de muchos años, de un largo "evo", y esto nos pone en relación con los "evos" y por tanto nos saca de la cotidianidad y nos eleva a un rango sumamente importante. De modo que yo diría que estas dos palabras, ancianidad y longevidad, nos devuelven a la época del prestigio de los ancianos. Quizá por eso mismo no son las más cercanas a nuestra sensibilidad, porque esa época ya pasó y no volverá; me temo que no volverá. Los ancianos tendremos que buscar nuestro lugar al sol, nuestro aire, nuestro oxígeno, como decía el Profesor Vimort, en otros lugares, pero no en el camino de la recuperación de lo que fueron los antiguos ancianos, aquellos matusalenes, aquellos longevos de otros tiempos. La ancianidad es también, claro está, la edad de la jubilación. Y como ocurre siempre con los nombres de los viejos, hay siempre una ambigüedad, porque jubilación viene de júbilo, "jubilatio", porque se supone que el jubilado debe estar lleno de júbilo por haber coronado la altura de esa edad, por haber llegado, también, al descanso, pero no eterno, al descanso temporal, es decir, al descanso en el trabajo, a su retiro, a su jubilación, en el sentido administrativo de la palabra, como decía mi antiguo amigo Vigil. Pero la jubilación no es solamente eso o mucho menos que eso, es simplemente una situación administrativa, como decía él, pero también puede ser algo mucho más grave, es aquello a lo que se refería Ruíz-Torres. Hay personas que no pueden resistir la jubilación, que no pueden resistir el retiro -yo lo entiendo muy bien- y entonces envejecen, se nos demostraba que fisiológicamente envejecen de una manera tremenda.

Yo tengo un cuñado que es más senecto que yo, simplemente por los años -él tiene bastantes más- y sigue trabajando y necesita seguir trabajando para no caer en este envejecimiento grave, el envejecimiento psicológico de la jubilación, en el mal sentido de la palabra. Y luego hay otros que no nos jubilamos nunca. Yo suelo decir que desde el punto y hora que fui jubilado de mi Cátedra fija cambié esa Cátedra fija por una cátedra ambulante y por tanto sigo sin jubilarme. De modo que la jubilación yo creo que es una situación en correspondencia con la palabra, es ambigua y de doble filo. Por una parte, debe ser jubilosa, ciertamente, pero, por otra, es enormemente peligrosa y hace decaer mucho y degrada mucho a las gentes al verse, además, como suele decirse, sin puesto ninguno, sin lugar, sin nada que hacer, que desempeñar en la vida. Pero nos importa, como tema central de esta charla, la actitud moral, la ética de la sociedad ante la ancianidad, en relación con las diferencias morales de la sociedad.

### **Evolución de la moral**

Les ruego a ustedes que no se escandalicen porque haya empleado la palabra moral, en plural, refiriéndola a nuestra sociedad, porque la moral es siempre cambiante, y eso lo reconocían ya los escolásticos y el propio Santo Tomás. No cambiará en sus cimientos, en sus fundamentos, pero hay siempre un cambio en la moral vigente de la sociedad, incluso dentro de una sociedad como la nuestra y dentro de nuestra misma cultura. Y ha habido una moral que surgió con el nacimiento mismo de la Modernidad, de la época moderna, con el siglo XVI, que ha sido una moral en la cual por primera vez en la historia, la laboriosidad, el trabajo, empezaron a ocupar un lugar absolutamente central. La moral del trabajo, la moral de la laboriosidad se inventó en el siglo XVI y cada vez ha ido creciendo en importancia.

Antes las virtudes fundamentales eran otras, eran las virtudes teológicas o teologales, la fe, la esperanza, la caridad, la prudencia, la justicia, la templanza, pero la laboriosidad no aparecía por ninguna parte. Esta virtud es una invención de lo que se ha llamado por los sociólogos la ética del trabajo. La moral de la laboriosidad, de la acción, de la producción, la moral de la Modernidad por antonomasia que se mide en términos de rendimiento, una moral de este tipo, de producción evaluada en términos de rendimiento, no era muy favorable para el anciano. El anciano no puede rendir mucho, no es nunca rentable; más bien cuesta dinero, no produce dinero, no produce trabajo, trabajo manual, no es una pieza fundamental, ni con mucho, en esta organización laboral de la existencia. Y esa ha sido la moral que ha dominado todos estos siglos desde el siglo XVI hasta bien entrado ya el siglo XX. Pero en este siglo la moral de la producción ha ido siendo sustituida por la moral del consumo: ya no era un problema producir, se podía producir cuanto se quisiese, la tecnología estaba ya enormemente desarrollada, se había hecho no una sino dos o tres revoluciones industriales -la primera revolución industrial la del vapor, la segunda la del motor de explosión, la tercera la electrónica- y producir no era ningún problema. El problema era más bien el consumir y por eso se pasó desde esa sociedad

de producción a una sociedad de consumo y hoy, a partir de la Segunda Guerra Mundial, al final de la misma, es cuando propiamente empieza esta nueva sociedad.

Se puede decir que nuestra moral, para bien o para mal, más bien para mal que para bien, es una moral consumista. La mayor parte de nuestros contemporáneos cifran o cifraban la felicidad de la existencia, porque las cosas están cambiando, en consumir, y cuanto más pudiesen consumir, más felices se sentían. Pero claro está, para el anciano la situación ha mejorado un poco, pero no mucho, porque aun cuando pueda ser más eficaz consumidor que productor -puede consumir más que rendir produciendo en un trabajo mecánico-, de todos modos tampoco puede competir con los jóvenes en consumos tan variados como existen. De modo que la moral consumista tampoco es una moral favorable para el anciano. El consumismo no está hecho para él. El anciano puede consumir, pero más bien en calidad que en cantidad y por tanto su moral es otra distinta y no puede cifrar el sumo bien en un consumo absolutamente insaciable.

Hoy está ocurriendo una crisis económica, está ocurriendo el paso al ocio, no solamente, como decía ella y con razón, para la Tercera Edad, sino también para la Segunda Edad. Por otra parte, es conocido ese libro de Racionero que ha constituido un "best seller" y que se llama "Del paro al ocio". De modo que puede decirse sin exageración que nuestra sociedad es una sociedad que camina al ocio. Ha pasado desde una moral del trabajo, a través de una moral del consumo, y parece encaminarse hacia una moral del ocio. Lo cual nos devolvería a los tiempos antiguos, a los tiempos griegos y romanos, los tiempos del "otium" como dedicación de la existencia. Todo lo que no era "otium" era "negotium", de donde viene la palabra negocio. Ya ven ustedes como varía la valoración de las cosas. Hasta tal punto varía que los griegos no tenían la palabra ocio; la palabra equivalente era "scole" es la palabra que, etimológicamente, ha dado lugar a la palabra castellana "escuela"; y también esto está lleno de sentido. ¿Es que recuperaremos el ocio para la escuela? Porque la escuela, si se les pregunta a los niños, no ha sido un lugar de aprendizaje del ocio, y ser una época de la vida para el aprendizaje del ocio, recuperando, por tanto, la significación etimológica de la palabra con la cual se conoce. De modo que la situación, desde el punto de vista de la vigencia de la moral, es relativamente favorable, para el viejo hoy, porque ya ha pasado esa fiebre productivista, consumista y hay una crisis cierta del utilitarismo. No solamente eso, sino que en la medida en que se quiere, ciertamente se quiere seguir siendo consumista cualitativo, se vuelve a una especie de hedonismo o un neo-hedonismo estético y relativamente frugal, y esto sí que está ya más cerca de las apetencias y de las posibilidades del viejo.

### **Yo soy mi cuerpo**

Por otra parte, algunos insistimos en llamar a nuestra época, faltos de otra palabra más adecuada, post moderna. Se trataría de una época de reencantamiento del mundo: el mundo

fue desencantado desde el nacimiento de la Modernidad y ahora se asistiría a su reencantamiento. Al mundo se le debe devolver esa dimensión misteriosa, esa misteriosidad. Los ecologistas, en definitiva, reconocen que el contacto con la naturaleza no es algo que se agota en un conocimiento cosmológico o fisicomatemático de la naturaleza si no que hay aspectos de ella, que representan un poder que traspasa, con mucho, las posibilidades y significaciones de cada uno de nosotros. Así, a esa devolución de su sentido misterioso a la naturaleza, quizá corresponde también una devolución de su misteriosidad al cuerpo mismo, porque el cuerpo no es sino naturaleza, no es sino una parte de la naturaleza. Entonces eso significa que tendríamos que ver de otra manera nuestra relación con el cuerpo. Con el cuerpo nos ha pasado, y es otra característica de la época moderna, lo que nos ha ocurrido con la moral globalmente, es decir, que por ser una moral productivista, hemos tendido a mesurarla en términos de rendimiento, y, paralelamente, hemos querido obtener del cuerpo el máximo rendimiento.

Hace poco di una conferencia como ésta, clausurando un simposium sobre el deporte, en Madrid, y mi tesis fue precisamente ésta, la de que el deporte, una vez que se ha profesionalizado, ya no tiene nada que ver con los juegos olímpicos y aquellas cosas culturales griegas; el deporte absolutamente profesionalizado, es una especie de doble del trabajo, un trabajo, ¡bueno! relativamente narcisista, porque el trabajador se mira a sí mismo y ve sus marcas y sus récords, pero los términos de rendimiento de ese trabajo especializado llamado deporte, son muy semejantes a los de ese otro rendimiento del llamado trabajo. Entonces tendríamos que establecer, frente a esa conversión del deporte en una especie de competición continua para obtener evaluaciones cada vez más altas, batir récords, etc., una relación distinta con el cuerpo, que no fuese la de un instrumento, porque, en definitiva, lo que quiere el deportista es afinar lo más posible su instrumento, el instrumento cuerpo. De la misma manera, y por lo mismo, tendríamos que establecer una relación distinta con nuestro cuerpo. Ha habido un filósofo francés, compatriota del profesor Vimort, llamado Merleau Pontí, quien dijo en sentido nada materialista: "Yo soy mi cuerpo". Si ustedes toman esta expresión en un sentido nada materialista entonces se ponen a mil leguas de la utilización del cuerpo como un instrumento, que es lo que hace el deportista y lo que ha hecho todo el hombre moderno con su cuerpo y con todos los cuerpos. Se ha servido de todo como instrumentos para batir nuevos récords, récords y récords de producción. Entonces, "yo soy mi cuerpo" quiere decir otra cosa completamente distinta, es una nueva relación con la naturaleza en su globalidad y con el cuerpo en particular. Ya no es un instrumento preciso y entonces quiere decirse que el cuerpo envejece, que se va presentando de otra manera con él, porque yo soy mi cuerpo. Yo soy mi cuerpo, reparen, reparen ustedes, no es lo mismo que decir, como dicen ahora, "mi cuerpo es mío" o "yo soy la dueña de mi cuerpo". A mí no me gustan estas expresiones, aunque tenga simpatía por las mujeres feministas.

Si a mí me preguntasen -no me lo preguntan pero lo diré aunque no me lo pregunten, que de todos modos me lo han preguntado- si soy abortista, diría que sí y que no; que no y que sí. No soy abortista de modo absoluto, pero hay que dar su parte a aquello que se llamaba hace unos decenios -otra vez me remito a la moral de los moralistas modernos franceses- la moral de la situación. Cada caso, es un caso; es una situación. No se puede generalizar, por tanto. De todos modos, yo diría que estoy éticamente en contra del aborto, creo que se debe no abortar; que quizás hay casos de extrema necesidad en que no hay otra solución, sino la del aborto, pero que en cualquier caso ese problema ético no tiene mucho que ver con el problema penal de meter en la cárcel a las mujeres que abortan; esa es otra cuestión completamente aparte. A mí me parece muy mal la mentira y me parecen muy mal otras muchas cosas y, sin embargo, nunca se me ha ocurrido que vayamos a suprimir la mentira del mundo, encarcelando a todos los mentirosos. Yo no creo en la cárcel. ¡Y bueno! no es que no crea yo, es que los penalistas y los criminólogos hoy, no creen nada en la cárcel; al contrario, mejor dicho, sí que creen en la cárcel; creen que la cárcel es escuela de delincuencia, la mejor escuela del mundo, aquello para lo que se diría, que, paradójicamente, está destinada.

Lo único que me importaba de esta digresión sobre el aborto es que me gusta más la expresión "yo soy mi cuerpo" que la expresión "mi cuerpo es mío". Mi cuerpo no es mío, sino que yo soy mi cuerpo y mi cuerpo, en gran parte, me desborda. Yo no puedo, felizmente, controlar a mi cuerpo y no conviene controlarlo.

Nos decía el Dr. García-Sabell, como consejo para los viejos, para mantenernos mejor, que de vez en cuando convenía cometer algún exceso. Yo creo que siempre cometeremos algún exceso porque no sabremos medir nuestro comportamiento con el cuerpo, porque espero que olvidemos esa moral del rendimiento y de ver en el cuerpo un instrumento que podemos manejar cada vez mejor y mejor, para perfeccionarlo desde el punto de vista de la evaluación. De modo que si vivimos o estamos en vísperas de una nueva moral, de una nueva sociedad de reencantamiento del mundo, de una ética más abierta a lo religioso, lo que no quiere decir, necesariamente a lo confesional, ni a ninguna confesionalidad, entonces el misterio de la naturaleza, el misterio del cuerpo, es también el misterio del cuerpo longevo, es también el misterio del anciano.

### **Saber gozar del ocio**

Y todo esto sí que está mucho más en la sensibilidad de un mundo, de una moral, que parece se nos acerca. Si volvemos a un tipo de ética religiosa, a un tipo de moral de reencantamiento del mundo, entonces las características de la ancianidad se recuperan. Hablaba José M<sup>a</sup> Forcada de los ancianos como vencedores del tiempo y el Dr. García-Sabell de la estructura agónica de la senectud. Él tomaba la palabra agónico en el sentido usual y, por tanto, no muy satisfactorio. La vida del que va a morir es la vida del agonizante y el senecto es el que esta

preso de la decrepitud, vive una vida agónica. La estructura de su existencia es agónica y él nos describía los rasgos fundamentales de esa estructura agónica. Pero yo prefiero emplear esa misma palabra en otro sentido. Yo hablaría, junto o antes, de la estructura agónica de la vida, de la estructura global de la vida del viejo. Porque "agon", como saben ustedes, significa lucha, competición, un sentido más bien deportivo. Y el viejo, yo creo que antes de empezar a agonizar y de esa agonía a la que se refería el Dr. García-Sabell, que empieza muy pronto y que no es lo que en términos médicos se llama agonía, sino agonal, lucha para vencer el tiempo, el tiempo de la senectud, para ser, a lo sumo, senescente como decíamos antes, pero no senecto y de ninguna manera, decrepito. O, por lo menos, no decrepito de espíritu.

Es cierto que el Profesor Corominas ha hablado de ese juego de las distintas edades, pero esas distintas edades no deben ser demasiado disímiles unas de las otras. Y, en cualquier caso, el hombre llegado a la vejez, debe luchar por eso que otras veces hemos llamado la dignidad del viejo y que no consiste sino en no entregarse a la senectud, en no entregarse a la decrepitud. De modo que esa virtud de lucha, pero de lucha serena, no de lucha agónica, y tampoco de una lucha azacanada, no es una lucha frenética como la de los adultos, sino una lucha serena, para prolongar la vejez, para prolongar la ancianidad y para ir ganando horas, minutos y segundos de esa ancianidad a la senectud y a la decrepitud. De modo que ese "agon" sereno, este tomar la vida con filosofía, es una virtud típica de la vejez y de la Tercera Edad. Tomar la vida con filosofía es algo que los viejos podemos hacer con más facilidad que los no viejos; estoy recordando, en este momento, lo que nos decía la señora con acento inglés, que el ocio debe ser también patrimonio de la Segunda Edad. Es cierto; pero nos es más fácil a los de la Tercera Edad gozar del ocio y dedicarnos a eso que en lenguaje cotidiano se llama tomar las cosas con filosofía. Y en relación con esto, claro está, el ritmo de vida del viejo es mucho más despacioso y con tiempo para todo. Pero la verdad es que muchos viejos no nos arreglamos para hacer las cosas que de todos modos tendríamos que hacer de una manera como más tranquila, como más despaciosa, como menos azacanada, que como la hacen las gentes más jóvenes que nosotros.

Hablando de la significación del ocio frente a la diversión se podría decir que los adultos se divierten, mientras que los viejos -ya se empieza a usar el verbo- ocian. Convertir o sacar del sustantivo ocio un verbo ociar, no sé hasta que punto sea académicamente aconsejable o no, pero en cualquier caso si no la palabra, el hecho lo es. Yo creo que hay un contraste entre la diversión, el "divertissement" de Pascal y el ocio. "Divertissement" es de las gentes que son todavía adultas, que tienen el frenesí de la adultez. En cambio, el ocio, es más sosegado y propio del viejo.

Y con ello, claro está, el aprecio de la calidad de vida por encima de la cantidad de los placeres de la vida. La vuelta de la mirada y la estimación de la cotidianeidad. Aquí, otra vez, nos encontramos con eso de que los extremos se tocan. Nos encontramos con que los viejos y los jóvenes se parecen, en cuanto que los jóvenes han sido los que han reivindicado -se puede



decir, que son los sujetos activos de esta reivindicación- una moral de la cotidianeidad, de una moral de la vida cotidiana. Una vez que llegó a su culminación -que fue su fracaso- la Revolución de Mayo del 68 en París, entonces se produjo una especie de retracción de las apetencias de los jóvenes que en ese momento pensaron que lo iban a ser todo y que vieron que no lograban hacerlo todo y se replegaron, por decirlo así, a la vida cotidiana y a extraer las virtudes y los goces de la vida cotidiana. Es, como digo, un descubrimiento de los jóvenes, pero quién más capacitado está para gozar de los pequeños placeres de la vida cotidiana y tomar el sol en las solanitas y tomar la sombra en el verano y todas estas cosas, evidentemente, son los viejos. Igualmente una virtud que Jean Paul Sartre, otro francés, analizó es la virtud de lo que él llamó -traduzco- el desprendimiento, el "desengagement" de la forzosidad de comprometerse con las causas y porque la otra cara, positiva, del engagement, es el desprendimiento o "desengagement". Hay que comprometerse cuando llega la hora, pero hay que saber mantenerse desprendido cuando es menester desprenderse. Y los viejos saben desprenderse, saben darse cuenta de que hay cosas que son simplemente importantes, pero no mucho, y que hay cosas que son simplemente urgentes, pero no importantes, y poner cada cosa en su sitio es algo que sólo se aprende con el desprendimiento; no con el desprendimiento en este sentido en que estoy tomando la palabra, poniendo, por decirlo así, un guión entre medio; desprendimiento; de ahí, como su secuela, también el desprendimiento en el sentido usual de la palabra, y que es también un consejo para los viejos; consejo de ser desprendidos.

### **Disponibilidad**

Antes, hace un rato, se ha discutido un poco, simpáticamente, si los viejos son egoístas o no son egoístas, y, en efecto, hay unos viejos que ciertamente son egoístas y otros que no lo son. En gran parte, los viejos que son egoístas ya lo eran antes de llegar a viejos. Pero también es verdad que el egoísmo amenaza; es una tentación para el viejo. El Dr. García-Sabell se refería con otros términos a eso, en tanto que el viejo tiende a ensimismarse y a convertir la vigilancia de su propio cuerpo, el tesoro de su propio cuerpo, en todo lo que él tiene, viviendo para su propio cuerpo. Y eso es una forma, sin duda, de prendimiento y por tanto, de egoísmo. Y junto a ese egoísmo, a esa avaricia que también es otra característica, otro peligro que amenaza al viejo, eso que se suele expresar diciendo que quisiera llevárselo todo a la sepultura. Esa avaricia de no querer desprenderse de nada, es cierto que es un peligro del viejo, pero también es verdad que es una virtud del viejo ese ir distanciándose de las pompas y de las vanidades de este mundo y, por tanto, ser desprendido.

Y asimismo, en estrecha relación con esto, la disponibilidad, ese no estar ocupado. Uno tiene la sensación de que, en nuestra época, todo el mundo, está muy ocupado y nadie está disponible. Piensen ustedes, que en otro tiempo los disponibles, los que estaban preparados para ayudarnos, eran los sacerdotes, los directores espirituales. Yo reconozco que tuve una época gloriosa, fue una época en que los directores espirituales estaban ya en crisis, estaban

pasando de moda y todavía no habían llegado los psicoanalistas, psicólogos, psiquiatras, etc. Esa fue, desde el punto de vista del puesto de mi profesión en el mundo, la época más gloriosa. Estaba yo además estrenando mi Cátedra y entonces parece que a los profesores de moral, venían a consultarnos las cosas más increíbles. En definitiva, eran las mismas cosas que consultaban a los directores espirituales y lo que se sigue consultando ahora a los psicoanalistas, etc. Pero lo importante, lo enormemente importante, es que los directores espirituales, en mi opinión, eran gente disponible. Yo no soy anticlerical y, por tanto, creo que eran personas fundamentalmente disponibles. Yo no diría tanto de los psiquiatras, psicólogos y psicoanalistas, no tengo nada contra ellos, pero ya hay el doble sentido de la palabra profesión. Bueno, en cualquier caso, lo nuestro no fue una profesión, porque no llegamos a profesar ni siquiera de eso, no hicimos sino estrenar esa tarea de estar disponibles para los que venían a consultar, los chicos y las chicas que venían a consultarnos sus problemas, y pronto pasó esa época, gloriosa para nosotros. Pero el hecho de que haya personas disponibles, es enormemente importante. Yo estoy absolutamente convencido de que los psicoanalistas, psicólogos y psiquiatras poseen grandes saberes, pero aunque no los poseyeran, sería casi igual. Lo importante es que estén disponibles para que las personas puedan soltarles, como dicen los chicos, su "rollo", porque eso es lo fundamental: el que ellos puedan hablar allí y puedan, por tanto, desahogarse y decir las cosas que necesitan decir. Hoy ya los jóvenes, no acuden mucho a los viejos, pero cuando yo era niño, sí. Ese papel ejercido primero por los directores espirituales y luego por los psicoanalistas, psicólogos, y entre medias por los profesores de ética, estaba desempeñado por los viejos, y los viejos son admirables consultores, y son consultores porque tienen ese tesoro de saber de la vida, pero, ante todo, porque están disponibles, porque tienen tiempo para ofrecérselo a los demás.

### **Vivir para los demás**

Y con eso llegó ya a la última de las virtudes que quería recorrer aquí, y es la virtud del viejo para lograr la perfección moral, a la que antes me refería, de perfeccionamiento, de completamiento de lo que él ha hecho a lo largo de su vida, de contemplar su tarea moral. Y el que más y el que menos, ha dedicado su vida a algo, a lo que quiera que sea, a su tarea, que ha seguido y que debe seguir con fidelidad, pero ahora tiene que llevar a cabo una inflexión en su tarea: quitar a esa dedicación, aprovechando el desprendimiento a que antes me refería, el afán de protagonismo. El viejo debe perder su afán de protagonismo. Debe darse cuenta de que ya pasó la hora de ser protagonista, que deben ser otros los que le sustituyan en el protagonismo. Y de que ahora su perfección en sentido de completamiento de su tarea moral, debe consistir mucho más en vivir para los demás, en vivir, como decía el Profesor Ruiz-Torres, para todos, que para sí mismo. Ese ensimismamiento, que es la peor amenaza que destacaba el profesor García-Sabell en la senectud, es algo que se evitará siempre que el hombre viva, en la época de la vejez, que es la más cualificada para ello, para los demás y no para sí mismo.

Y yo termino confesándoles que ayer estuve a punto de malvivir para mí mismo, porque estaba como hundido en el pozo negro de los achaques y no se puede impunemente escuchar hablar de la vejez como correlato de la muerte, etc., ¿verdad?... Ustedes no, porque son jóvenes, pero los que somos viejos, naturalmente sobre saberlo por experiencia propia, si encima nos lo recuerdan, yo no descarto enteramente que mi crisis de ayer no tuviese algo que ver con la charla del Profesor García-Sabell. De todos modos, se me produjeron también unos achaques y yo tuve la impresión de que, realmente, estaba cediendo a la senectud y a la decrepitud. Porque, es que tengan ustedes en cuenta, que cuatro de nosotros, cuatro ponentes, García-Sabell, Folch Camarasa, el Profesor Vimort y yo, tenemos en este simposium una situación muy particular, porque, en efecto, somos ponentes y como ponentes somos, a la vez, los autores y los recitadores del texto, no diré que somos canta-autores, pero quizá sí lo diría el Profesor Vimort. Porque ustedes no habrán tenido la suerte, pero algunos de nosotros sí, de oírle cantar, y cantar lo mismo el repertorio de Editt Piaff, que los solemnes himnos de los canónigos de la Catedral de Lyon. ¡Bueno! Yo no diré que todos sean canta-autores, pero sí somos recitadores, malos si ustedes quieren. Malos recitadores de nuestros propios textos. De modo que tenemos esta situación de ser a la vez actores y autores, pero eso no es lo grave, lo grave es que, como viejos que somos los cuatro, también somos sujetos pasivos de todo este simposium, es decir, que también se habla de nosotros, también nosotros mismos estamos hablando de nosotros y eso es muy arriesgado y eso se paga. Y entonces yo quiero decirles a ustedes que esta mañana, porque anoche no, tuve la sensación de un pequeño triunfo en esto que estoy predicando, que amanecí -yo no sé si fue por las preces de nuestros amigos organizadores del Congreso, no sé por qué- pero amanecí otro, completamente rejuvenecido, liberado de mi senectud y de todas mis decrepitudes y presto a venir aquí a reunirme con ustedes y por todo ello, les doy muchísimas gracias, a ellos que supongo fueron los autores intermediarios, cuando menos, de esta curación mía, pero también a ustedes por haberme escuchado. ¡Muchas gracias!